



El Pilar



La Lonja de Zaragoza

ría, es lo que a nuestros ojos constituye el descrédito y aun el pecado estético de la arquitectura del pasado inmediato.

Observemos que la arquitectura, arte expresivo de pujanza social y económica, no acertó a crear belleza propia en el mayor momento de prosperidad social que el mundo ha conocido; precisamente esa época del siglo XIX hasta la primera guerra europea, señalada por la apoteosis de la máquina y la ingeniería. Había, sin duda, alguna incompatibilidad radical entre esos diosillos intrusos, nunca aceptados ni aceptables en el coro de las musas eternas, y los nobles principios del arte de edificar. Sonríamonos de la casa-máquina; cierto que la casa, como toda la civilización moderna, necesita—¡ay!, demasiado—de máquinas auxiliares, esas máquinas de costoso entretenimiento que fallan a la primera crisis y se convierten en inútiles e insultantes cacharros antiestéticos... El ascensor no sube, la calefacción no funciona, el frigorífico no enfría, etc... Dejemos eso a los subalternos de la ingeniería, obedientes y nada más a la dirección del arquitecto, y digamos, bien convencidos, que la misión de éste es crear belleza en volúmenes. Ni la ingeniería, ni tampoco la riqueza, dieron un estilo a la era capitalista y liberal. Acaso pueda ser posible, en cambio, en una época pobre y restricta. Por lo pronto, a la anarquía que imperó en el pasado próximo, musa inspiradora de la gran urbe décimonónica, le ha salido un enemigo autoritario: la urbanística. Temo, no obstante, que, como toda reacción, acierte más en lo que niega que en lo que afirma. Lo que niega es esto: la caprichosa e insolidaria libertad de construir. Que no sea posible al arbitrio particular levantar un templo pseudogriego frente a una casa pseudogótica, ni un rascacielos de muchos pisos junto a una parroquia de barrio, en unas vías surcadas por el rumor de la multitud y los tranvías eléctricos. Vemos, no obstante, surgir a la nueva urbanística un tanto empaquetada de pedantería técnica y no ocultamos que nuestro más vivo deseo sería que por bajo de todo ese «bluff», que cualquier especialidad de hoy necesita para imponerse propagandísticamente a la estulticia de los más, pudiera articularse la doctrina urbanística en unos cuantos claros, sencillos y luminosos principios que pudieran tener puesto, por derecho propio, en un manual de estética. Pero luego, eso sí, de una mano de hierro para imponerlos. Más que los teoremas de urbanística, nos interesa—eterna cuestión—el talento aplicado a buscar soluciones concretas a los casos prácticos. Puede, además, insinuarse en la doctrina urbanística un relativismo peligroso, ya que un conjunto de edificios mediocres puede constituir una unidad urbanística aceptable; pero ese tal conjunto jamás justificará la desaparición de un solo edificio con valor arquitectónico sustantivo. Digámoslo claro: *la belleza arquitectónica es un valor absoluto*. En un páramo desierto, un monumento noble de cualquier edad—ruinas griegas, arco romano, abadía románica, palacio barroco—conserva incólume su dignidad si no la refuerza aún la hiedra sentimental de la soledad y el abandono. Por otra parte, y a ello queríamos llegar, *la belleza auténtica no se perjudica con la proximidad de otro monumento bello*, y buen ejemplo es el conjunto de edificios de Zaragoza que nos empujaron a estas reflexiones. Sólo cabe concebir la urbanística como a modo de orquestación arquitectónica que no puede intentar robar su personalidad a las melodías individuales, sino valorarlas y enriquecerlas. Sea, pues, el urbanista como el buen director de orquesta al que obedece una compleja asociación de instrumentos, y no recaiga por pereza mental en buscar la unidad por la monotonía. ¡Cuán fácil acordar el son de cientos de tantanes golpeados por manos salvajes en una tropical danza negra! ¡Cuánto más complejo concertar unas docenas de ejecutantes en la interpretación de una sinfonía beethoveniana! En los tantanes pensamos ante muchos proyectos arquitectónicos y urbanísticos con fachadas, calles o plazas de una triste uniformidad desoladora. También el gusto, la imaginación y la variedad pueden y deben ser musas inspiradoras del arquitecto; ¡atención a un falso y pobre neoclasicismo o neoascetismo que se nos puede entrar de contrabando! La variedad modulada y armónica siempre será preferible al uniforme del presidio. También nos corrobora en ello la plaza monumental de Zaragoza; la torre de La Seo dialoga desde su sitio con sus primas las torres de El Pilar, cuyas cúpulas, a su vez, entran en el concierto con los graves y agudos peculiares de su relativa función; en medio, La Lonja, serena y alegre, da su melodía de clasicismo templado por el resabio mudéjar de su acento. Recurrimos una vez más, en las comparaciones, a la música, tan hermana de la arquitectura—«música congelada», dijo Schlegel—, que si la una se propone *imponer ritmos al espacio por medio de volúmenes*, la otra persigue *imponer ritmos al tiempo por medio de sonidos*.

(Continúa en la penúltima página)